

REVISTA INTERNACIONAL

LA HABANA, CUBA

No. 45 / 2018

MARX
MARX

AHORA

REVISTA INTERNACIONAL
LA HABANA, CUBA, No. 45 / 2018

MARX MARX AHORA

Directora: Isabel Monal Subdirectores: Armando Cristóbal y Olga Fernández Ríos Edición: María Eugenia de la Vega Dirección Artística: Santiago Ramírez y Armando Millares Diseño: Yadyra Rodríguez Composición: Idalmis Valdés Publicidad: Marta Calves Marx Ahora es una revista semestral editada por el sello de Ciencias Sociales de la Editorial Nuevo Milenio con el concurso de la cátedra de Estudios Marxistas Julio Antonio Mella del Instituto de Filosofía. Dirección de la Editorial Nuevo Milenio: calle 14, no. 4104, e/ 41 y 43, Playa, La Habana, Cuba.

 : 7 203-3959 e-mail: editorialmil@cubarte.cult.cu; comercialmil@cubarte.cult.cu

Patria es humanidad

JOSÉ MARTÍ

*La teoría se convierte
en poder material tan
pronto se apodera
de las masas*

CARLOS MARX

Venta y suscripción, directamente o a través de Agencia Exportadora Soyucubano, de la Empresa Promociones Artísticas y Literarias S. A. (ARTEX S. A.), 5ta. ave., no. 8004 y 8010, entre 80 y 82, Playa, La Habana, Cuba. Telf.: (53) 7 204-7219-7203 y (53) 7 204-0710. El pago debe realizarse en cualquier moneda convertible excepto USD mediante la transferencia bancaria a la cuenta no. 43321010210600 del Instituto Cubano del Libro en el BANCO INTERNACIONAL DE COMERCIO, S. A. (BICSA), La Habana, Cuba. Suscripción anual equivalente a: América 30.00 USD, Europa 36.00 USD, Resto del mundo 38.00 USD. Número suelto: América 15.00 USD, Europa 18.00 USD, Resto del mundo 19.00 USD, en Cuba 10.00 CUC. Suscripción nacional para ciudadanos cubanos \$ 20.00 MN. Número suelto \$ 10.00 MN, Formato: 165 x 235 mm, Total de páginas: 208, Tirada: 1 500 ejemplares.

ISSN: 1028-3889

Contenido

INDAGACIONES / 7

Hans J. Glattfelder / 7
La realidad del arte constructivo

José Barata-Moura / 13
Hegel y la ontología

Nicolas Tertulian / 25
El concepto de ideología
en la *Ontología*

András Gedö / 35
Filosofías escatológicas
desde el entre siglo moderno
hasta el posmoderno

Guido Liguori / 55
Tres acepciones de "subalterno"
en Gramsci

Jacques Bidet / 67
El marxismo frente a la historia global

José Antonio Piqueras / 81
Marx y el primer marxismo ante
el concepto de revolución burguesa

Andreas Hüllingshorst / 103
Tipo de racionalidad
del materialismo dialéctico

José Ramón Fabelo Corzo / 108
Sobre la crítica decolonial
al eurocentrismo de Marx

Ricardo Musse / 120
Anti-Dühring en la génesis
del marxismo

Francisca López Civeira / 128
Reacciones en Cuba
ante la Revolución de Octubre

137 / COMUNICACIÓN

137 / David MacLellan
Marx en el camino al comunismo:
las sociedades asiáticas y el medio
ambiente

142 / Ben Fine
Marx y el valor: el código Enigma
para el capitalismo contemporáneo

145 / José María Martinelli
Utopía terrenal

153 / RETROSPECTIVA

153 / Helmut Seidel
Comentarios
acerca de la recepción de Marx
por Rosa Luxemburgo

165 / Leo Panitch y Sam Gindin
El liderazgo del capital global

186 / DOCUMENTOS

Ernesto Guevara

187 / Ideología de la Revolución cubana

**Declaración Final
XXIV Foro de São Paulo**

**195 / Declaración Final del XXIV Encuentro
del Foro de São Paulo: América
Latina y el Caribe: seguimos
en pie de lucha**

203 / LIBROS

Contents

INQUIRIES / 7

- Hans J. Glattfelder / 7**
The Reality of Constructive Art
- José Barata-Moura / 13**
Hegel and the Ontology
- Nicolas Tertulian / 25**
The concept of Ideology
in the *Ontology*
- András Gedö / 35**
The Eschatological Philosophies
from the Middle of the Modern
Century up to the Postmodern
- Guido Liguori / 55**
Three Meanings of "Subordinate"
in Gramsci
- Jacques Bidet / 67**
Marxism facing Global History
- José Antonio Piqueras / 81**
Marx and the First Marxism Facing
the Concept of Bourgeois Revolution
- Andreas Hüllingshorst / 103**
The Type of Rationality
of Dialectic Materialism
- José Ramón Fabelo Corzo / 108**
About the Decolonization Criticism
on Marx's Euro Centrism
- Ricardo Musse / 120**
Anti-Dühring in the Origin
of Marxism
- Francisca López Civeira / 128**
Reactions in Cuba
facing the October Revolution

137 / COMUNICACIÓN

- 137 / David MacLellan**
Marx in the Way to Communism:
Asian Societies
and the Environment
- 142 / Ben Fine**
Marx and the Value: the Enigma
Code for Contemporary Capitalism
- 145 / José María Martinelli**
Earthly Utopia

158 / RETROSPECTIVE

- 153 / Helmut Seidel**
Remarks on the Rosa
Luxemburgo's reception of Marx
- 165 / Leo Panitch y Sam Gindin**
The Global Capital Leadership

174 / DOCUMENTS

- Ernesto Guevara**
- 187 / Ideology of Cuban Revolution**
- Final Declaration
XXIV Meeting of São Paulo**
- 195 / Final Declaration**
at the XXIV Meeting of São Paulo:
Latin America and the Caribbean
keep on struggling

203 / BOOKS

Sobre la crítica decolonial al eurocentrismo de Marx¹

José Ramón Fabelo Corzo
(Cuba)

De las múltiples relaciones críticas que explícita o implícitamente algunos autores de la Teoría de la Colonialidad/Decolonialidad (TCD)² mantienen hacia Marx,³ nos concentraremos aquí en aquella que lo censura duramente por su supuestamente infundado eurocentrismo.

Un par de muestras son suficientes para constatar la recurrencia de esta crítica decolonial.⁴ Así, Edgardo Lander, por ejemplo, escribe: “El marxismo, la crítica más radical a la sociedad capitalista, no escapa del eurocentrismo y colonialismo característicos de los saberes modernos hegemónicos”.⁵ Y más adelante, describiendo y apropiándose de la postura de Fernando Coronil al respecto, agrega Lander: “(en el marxismo) el desarrollo histórico de la sociedad moderna y del capitalismo aparece como un proceso interno, autogenerado, de la sociedad europea, que posteriormente se expande hacia regiones ‘atrasadas’. En esta construcción eurocéntrica desaparece del campo de visión el colonialismo como dimensión constitutiva de estas experiencias históricas”.⁶

Por su parte, Santiago Castro-Gómez ofrece su propia visión de estas *carencias* de Marx: “A pesar de reconocer que el mercado mundial fue ‘preparado por el descubrimiento de América’ e impulsado

por la expansión colonial de Europa, Marx permaneció aferrado a una visión teleológica y eurocéntrica de la historia para la cual el colonialismo es un fenómeno puramente aditivo —y no constitutivo— de la modernidad”.⁷

¿En qué medida esta crítica es válida? ¿En qué medida no lo es? ¿Qué matices debe agregársele a una actitud que a veces se presenta tan radicalmente crítica que carece de la dialéctica propia de una postura verdaderamente crítico-revolucionaria, de esas que el propio Marx asumía ante otras propuestas y que le permitía no *tirar a la criatura junto al agua sucia de la bañera*?

La crítica en general al eurocentrismo es, sin duda, uno de los elementos más recurrentes de la TCD. Su necesidad y validez hoy son indiscutibles, sobre todo, en la medida en que su objeto coincide con aquellas concepciones que asumen como axioma, abierta o discretamente, la superioridad humana, social, epistemológica o axiológica de una región geográfica y tienden a justificar, de esa forma, sus relaciones asimétricas, de explotación y dominio, con el resto del planeta. Tal tipo de eurocentrismo existe desde el siglo XVI. Su sentido y su raíz se anidan en la praxis socio-histórica de un colonialismo que se intenta legitimar a toda costa.

Sin embargo, de ese eurocentrismo, justificante de la desigualdad y la opresión, habría que distinguir aquel otro que constata y reconoce que el capitalismo presupone la centralidad de un determinado sujeto y la conversión de otros en meros objetos-instrumentos de la realización de sus propios intereses, intereses que serían, en lo fundamental y desde el siglo XVI, los de las clases sociales explotadoras europeas u occidentales.

No pueden ponerse en el mismo saco los dos tipos de eurocentrismos. Por lo mismo, tampoco han de ser desechados ambos *a priori*, como negativos y falsos. Por el contrario, se trata sobre todo de dilucidar en qué medida se corresponden o no con procesos históricos reales y a qué tipo de intereses prácticos sirven.

Fundamentos del eurocentrismo de Marx

En lo que a Marx respecta, no cabe negar la centralidad que en su pensamiento le fue conferida a Europa en los procesos históricos que estudió y en el curso de los acontecimientos más inmediatos en los que se involucró teórica y prácticamente. Hay razones históricas que lo explican. En primer lugar, su objeto de estudio fundamental fue el capitalismo. A él le dedicó su crítica a la economía política y su obra fundamental, *El capital*. Europa fue el sujeto real de la capitalización del planeta, proceso que ya Marx comenzó a describir y que encontró una síntesis conceptual más reciente en la categoría *sistema-mundo moderno* de Wallerstein.⁸ El resto del planeta fue objeto, si bien indispensable, de ese proceso. Esta es una

verdad histórica que Marx tuvo en cuenta y que hoy también habría que reconocer.

En segundo lugar, con el estudio del capitalismo Marx no buscaba simplemente un producto académico, sino desentrañar la esencia de un sistema social enajenante y explotador que debía ser históricamente superado. Las posibilidades alternativas de una sociedad pos-capitalista en el siglo XIX estaban centradas en Europa. La historia —fracasos prácticos incluidos— lo demostró. Basta recordar el caso de la Comuna de París (1871), reconocida por el propio Marx como la primera revolución proletaria en el mundo.⁹ El pensamiento de Marx no podía no estar anclado en su época, época en que un cambio como el representado por la Comuna era esperable y posible solo en los países capitalistas centrales.

Todo ello determinó las prioridades teóricas de Marx. Su eurocentrismo no era gratuito. Era la expresión de la centralidad real de Europa en el surgimiento y desarrollo del capitalismo y en las potencialidades revolucionarias anti-capitalistas de aquella época.

El reconocimiento de esa centralidad en Marx no estaba asociado, como a veces han sugerido algunos autores de la TCD, con la idea de Hegel sobre un supuesto espíritu universal que teleológicamente habría de culminar su itinerario histórico en Europa.¹⁰ Tal concepción en Hegel era, en esencia, el resultado de una abstracta especulación metafísica, más atendida a la lógica de su sistema que a la historia misma; mientras que la centralidad europea en Marx era el resultado del estudio riguroso y concreto del proceso real de acumulación originaria del capital, de la transición de este último a la etapa de su reproducción

ampliada y de la apertura en Europa de las más inmediatas posibilidades revolucionarias en el fragmento del siglo XIX que a Marx le tocó vivir.

Ello es claramente visible en una obra como *El capital*, particularmente en aquel segmento en el que Marx muestra que, precisamente gracias al sistema colonial —entre otros factores— Europa se convierte en asiento del proceso de acumulación originaria del capital.

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de las conquistas y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de la producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores *fundamentales* en el movimiento de la *acumulación originaria*.¹¹

De esta forma, Marx se aleja de Hegel no solo por colocar el estudio concreto del objeto real en el lugar de la especulación metafísica, sino también por el reconocimiento del papel de las colonias —y particularmente de América— en la constitución histórica de la centralidad europea.¹² Y hasta tal punto lo hace, que en el ordenamiento cronológico del itinerario por el que pasa, al interior de Europa, el centro del proceso de acumulación, Marx asume como un factor determinante a la propia cronología de la colonización de los territorios extra-europeos. De ahí que señale que “(las) diversas etapas de la *acumulación originaria* tienen su centro, por un orden cronológico más o menos preciso, en España, Portugal, Holanda, Francia

e Inglaterra, (siendo) aquí, en Inglaterra, donde a fines del siglo XVII se resumen y sintetizan sistemáticamente en el *sistema colonial, el sistema de la deuda pública, el moderno sistema tributario y el sistema proteccionista*”.¹³

“Las colonias —agrega Marx más adelante— brindaban a las nuevas manufacturas que brotaban por todas partes mercado para sus productos y una acumulación de capital intensificada gracias al régimen de monopolio. El botín conquistado fuera de Europa mediante el saqueo descarado, la esclavización y la matanza, refluía a la metrópoli para convertirse aquí en *capital*. (...) Era el ‘dios extranjero’ que venía a entronizarse en el altar junto a los viejos ídolos de Europa y que un buen día los echaría a todos a rodar de un empujón. Este dios proclamaba la acumulación de plusvalía como el fin último y único de la humanidad”.¹⁴

Conceptos de centro y periferia

No era entonces la *divina providencia* o la lógica abstracta de la *Razón* hegeliana la que colocaba a Europa en el centro del planeta, mucho menos en el fin de la historia. Por el contrario, fue la lógica del capital la que exigió una relación asimétrica de Europa, como metrópoli y centro receptor de riquezas, con el resto del mundo, en su mayor parte convertido en colonias, primero, y en neo-colonias o sociedades dependientes, después.¹⁵ Los conceptos *centro y periferia*, introducidos a mediados del siglo XX por Raúl Prebisch¹⁶ y re-utilizados después por la Teoría de la Dependencia, reflejan con exactitud el modo real de correlacionarse Europa

con el resto del planeta en los marcos del sistema-mundo capitalista.

La centralidad de Europa a partir del siglo xvi no solo fue, entonces, un hecho discursivo, sino, sobre todo, económico y político. Nacía el primer sistema-mundo, el mundo moderno capitalista. Europa era su centro, su sujeto protagónico, al tiempo que el resto del mundo (precisamente a través del sistema colonial) se hacía su periferia, una fuente imprescindible para el desarrollo del capitalismo y el objeto de su expansión. Como señala Eduardo Grüner: "no hay un 'centro' y una 'periferia' hasta que dos entidades entran en contacto y una de ellas se hace centro a costa de hacer de la otra periferia (...). Y está de más aclarar lo que es —o debería ser— obvio: Europa solo se hace centro del sistema mundial a partir de la emergencia en su seno del modo de producción capitalista, emergencia cuando menos 'impulsada' o fuertemente 'ayudada' por la expansión colonia".¹⁷

Las cosas no cambiaron mucho después de la independencia política de las colonias, proceso que en la mayor parte de América Latina estuvo en lo fundamental concluido hacia 1825. Las relaciones de intercambio entre Europa y sus antiguas colonias siguieron siendo asimétricas. Las independencias políticas latinoamericanas se correspondieron en tiempo con la Revolución Industrial que en Europa tuvo su asiento fundamental en Inglaterra desde finales del siglo xviii. Los flujos de mercancías y posteriormente de capitales asumieron desde entonces a esa nación como centro y destino fundamental. Los nuevos países latinoamericanos, ignorándose entre sí, caen en su órbita y diseñan sus economías no en función de

sus necesidades propias, sino según los requerimientos de la metrópoli inglesa. El destacado teórico de la dependencia, Ruy Mauro Marini, describe así la nueva situación creada:

"Es a partir de este momento que las relaciones de América Latina con los centros capitalistas europeos se insertan en una estructura definida: la división internacional del trabajo, que determinará el curso del desarrollo ulterior de la región. En otros términos, es a partir de entonces que se configura la dependencia, entendida como una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia. El fruto de la dependencia no puede ser por ende sino más dependencia, y su liquidación supone necesariamente la supresión de las relaciones de producción que ella involucra".¹⁸

De colonias a países dependientes de un centro itinerante, pero mantenido al interior de Europa, así había sido el desarrollo histórico de América Latina hacia el siglo xix y aún más allá de él. Tal era el panorama que tuvo ante sí Marx. Y de ahí su eurocentrismo, resultado del reconocimiento de la centralidad fáctica de Europa en el desarrollo del capitalismo.

Pero incluso aquel otro eurocentrismo que ha sido fruto de intereses de clases desfiguradores de la realidad, que busca legitimar las relaciones de opresión y colonialidad, es mucho más que un invento ideológico, posee un asidero histórico real, siendo al mismo tiempo expresión de una construcción socio-histórica. Esto es esencial reconocerlo porque presupone al mismo tiempo asumir que, para superar

el eurocentrismo, no basta con cambiar conceptos y discursos. Es tanto o más importante cambiar las realidades sociales y, en última instancia y como apunta Mauro Marini, suprimir las relaciones de producción que hicieron nacer y han reproducido desde entonces la centralidad socio-económica de ciertos espacios geo-políticos en relación con el resto del planeta.

Si Europa era el centro real, históricamente constituido, del sistema-mundo capitalista, era absolutamente *lógico* y *natural* (lo que no quiere decir *legítimo*) que también se asumiera, desde el punto de vista epistemológico, como centro de la historia, del conocimiento y de los valores. La centralidad socio-económica se complementa necesariamente con la centralidad cultural. En otras palabras, la relación centro-periferia se constituye, primero, como ser (como conjunto de relaciones sociales) y, simultáneamente y derivado de ello, como conciencia, como subjetividad, como cultura, como saber y como valor.

Claro que es importante distinguir la centralidad real de Europa en términos socio-históricos, su centralidad en la constitución del ser de la modernidad (su centralidad diríamos que ontológica), expresada, entre otras cosas, en la situación de inferioridad social en que queda marginado todo el resto del mundo no europeo. Es importante, reiteramos, distinguir esa centralidad, de las auto-atribuidas centralidades epistemológica y axiológica, referidas a la pretensión de dominio monopolístico de las verdades y de los valores. La diferencia fundamental aquí radica en que, mientras la primera centralidad es real y socialmente objetivada, un hecho histórico muy bien estudiado, entre otros,

por la Teoría de la Dependencia y sus categorías de *centro* y *periferia*, las otras dos centralidades son construcciones ideológicas que permiten que las relaciones de colonialidad alcancen también las esferas del saber y del valer. Con ello, Europa se asume como centro ya no solo socio-económico, sino también epistemológico y axiológico, dueña de toda verdad y de todo valor.

Por esa razón, cuando hablamos del eurocentrismo de la modernidad, debemos tener claro a qué ámbito y a qué tipo de eurocentrismo nos referimos, para, en consecuencia, adoptar o no una actitud crítica ante él.

Eurocentrismos de derecha y de izquierda

Definitivamente, no es lo mismo el eurocentrismo, como ideología que busca legitimar y naturalizar la colonización, que el eurocentrismo derivado del reconocimiento de una centralidad transitoria en los marcos de un sistema capitalista-colonial contra el que se lucha en lo teórico y en lo práctico para superarlo históricamente en favor de la emancipación plena de todo ser humano.

Ya hemos señalado que la centralidad de Europa en el proceso de universalización de la historia y en la modernidad es un hecho histórico, pero el modo en que la Europa pro-colonialista y pro-capitalista lo interpretó e intentó legitimarlo sí responde a su ideología, es decir, a los intereses sociales del colonizador y del capitalista. La propuesta teórica de Marx también responde a intereses sociales y, en ese sentido, es igualmente ideológica, pero los intereses que busca expresar son los

de la emancipación humana, los del proletariado en particular. Y también los de las clases oprimidas en general. En otras palabras: no toda posición eurocéntrica avala y legitima el colonialismo. Marx sí fue eurocéntrico, pero no fue colonialista.

Lo importante aquí es no olvidar esta distinción. Eurocentrismo y colonialismo son dos cosas distintas. Por eso, el tema del eurocentrismo exige siempre un análisis concreto y socialmente situado. Hubo, históricamente hablando, diferentes maneras de ser eurocéntrico, unas más legítimas que otras. Los prototipos de las dos formas contrapuestas de asumir el eurocentrismo, que hoy calificaríamos como de derecha y de izquierda, fueron, precisamente, Hegel y Marx. Para Hegel, Europa (e, implícitamente, todo lo que ella representaba en términos de capitalismo y colonialidad) encarnaba el fin de la historia; para Marx, por el contrario, en Europa estaba la arrancada de la historia,¹⁹ la sede principal del inicio de la revolución mundial que terminaría con el capitalismo y con todo tipo de opresión, incluida la colonial.²⁰ A la larga, ambas visiones resultaron equivocadas, pero en su momento, la de Marx tenía la legitimidad epistémica que la de Hegel no poseía. Paradójicamente, lo ideológico actuaba en Hegel como falseador de su visión de la historia, mientras que en Marx lo acercaba a una verdad potencial que no llegó a tener realización histórica —precisamente porque la historia no sigue un curso teleológico—, pero que sí era una posibilidad real en su momento, la más real de las posibilidades en términos de revolución mundial.

Ello no quiere decir que demos por bueno, sin más, a todo tipo de eurocentrismo calificable como *de izquierda*. También

desde la izquierda se han cometido excesos eurocéntricos, no justificables por la centralidad histórica de Europa en el desarrollo del capitalismo, ni por el hecho de haber sido esa región sede, en su momento, de las mejores potencialidades para la revolución mundial. La versión estalinista del marxismo, que se entronizó en el mundo durante una buena parte del siglo xx a través de la Tercera Internacional y otros mecanismos constructores de hegemonía, significó una manera nada legítima de eurocentrismo. A la reproducción mimética y ahistórica de sus ideas en contextos no-europeos, como era el caso de América Latina, José Carlos Mariátegui le llamó *calco y copia*, a la que contrapuso la *creación heroica* como el único modo fecundo de desarrollar las ideas de Marx en contextos distintos a aquellos en los que vivió el *Prometeo de Tréveris*.²¹

Marx al servicio de una sociedad pos-capitalista y pos-centrada

La postura de Mariátegui pudiera ser tomada como modelo sobre el modo en que también hoy es posible en América Latina ser marxista y, simultáneamente, no ser eurocéntrico.²² Algo que parecería difícil de combinar, si partimos —como hemos hecho en este trabajo— del reconocimiento del eurocentrismo de Marx. ¿Acaso puede Marx, habiendo sido él mismo un europeo eurocéntrico del siglo xix, servirnos de alguna forma para combatir el eurocentrismo en las condiciones actuales de un contexto como el latinoamericano?

Sí lo podría hacer, pero solo si asumimos ante su legado la actitud de *creación heroica* sugerida por Mariátegui. Ello presupone, por un lado, una postura hacia

esta propuesta teórica que no esté basada en prejuicios negativos por el mero hecho de haber sido realizada en otra época y en otro contexto regional, y por otro, una relación hacia ella que sea simultáneamente crítica, selectiva y desarrolladora.

En relación con el primer presupuesto, ha de asumirse como axioma algo que debería ser obvio: no es descartable todo conocimiento generado en Europa. Lo es solo aquel que presupone, como fundamento explícito o implícito, un privilegio epistemológico para Europa en la captación de la verdad por el mero hecho de tratarse de un conocimiento generado en Europa. No es desechable ni siquiera aquel conocimiento que por razones históricas es él mismo eurocéntrico. Puede incluso ser aprovechable para la causa anti-eurocéntrica. Diríamos más: si el conocimiento al que nos referimos es el elaborado por Marx, este es prácticamente imprescindible para la plena superación del eurocentrismo, como trataremos de mostrar más adelante. No cabe entonces en este sentido una actitud prejuiciada hacia Marx por el simple hecho de ser este un pensador europeo del siglo XIX.

Como tampoco cabría —y este es el segundo presupuesto— una relación acrítica, dogmática, pasiva, incapaz de deslindar los aciertos de los errores, ni de asumir los desarrollos necesarios de sus ideas para un contexto espacial y temporal diferentes. En tal sentido, ha de reconocerse que algunas ideas de Marx no han soportado la prueba del tiempo, con el cambio de las circunstancias históricas que este ha traído consigo; otras fueron falsas desde el momento mismo en que nacieron. Como humano al fin, Marx se equivocó más de una vez.²³

Pero no es el Marx de los equívocos el que puede serle útil a la TCD, no es en este en el que debe centrarse, sino en ese otro, aún vigente, valioso para hoy no solo por los conocimientos que aportó, sino también por el modo en que los obtuvo, por la manera en que permanentemente combinó lo teórico con lo práctico, por su ejemplo de lealtad a la causa de la emancipación humana.

En lo que al eurocentrismo respecta, la teoría de Marx permite, por un lado, develar sus raíces socio-económicas, vinculadas a la centralidad histórica real de Europa en el proceso de acumulación originaria y reproducción ampliada del capital, y por otro, comprender las razones de la desfiguración ideológica que de este hecho se realiza en atención a los intereses opresores de capitalistas y colonizadores.

Las mencionadas podían considerarse como las aportaciones directas de Marx al estudio del eurocentrismo. A ellas habría que agregar sus aportes indirectos, esos que por analogía podría extraer cualquier pensador contemporáneo sensible a su método y fiel a las mismas causas sociales que defendió el pensador revolucionario alemán.

Ciertamente Marx concentró su mirada en Europa. Pero Europa no era una unidad homogénea y monolítica, sino también asimétrica y desigual, que engendró a su interior su propia subalternidad. Esta subalternidad, concebida como la antítesis de clases de la burguesía y atrapada conceptualmente ante todo por el uso que del término *proletariado* hizo Marx, tiene mucho que ver (aunque no es absolutamente identificable) con la subalternidad exterior a Europa, esa que ha sido calificada como

periferia o países dependientes, y que dentro de la TCD se identifica con *colonias, razas, etc.* De ahí la transición de ideas y métodos que, evitando cualquier traslación mecánica, en principio puede hacerse entre una y otra región de estudios.

Marx asumió como misión propia la defensa de los intereses de una clase social, el proletariado. Ese fue el muy comprometido y siempre reconocido lugar de enunciación de su pensamiento. Pero esa lucha, que en lo teórico y en lo práctico él encabezó, estaba dirigida no a la eternización de esa clase social, no a la proletarización de toda la sociedad. Su fin último era hacerla desaparecer como clase mediante la instauración de una sociedad sin clases. Análogamente, la crítica al eurocentrismo que la TCD realiza en favor de las víctimas históricas de la colonialidad, no tiene como aspiración máxima el simple traslado de la centralidad social hacia los espacios del sistema-mundo que hasta ahora han sido periferia. Su fin último no puede ser otro que una sociedad descentrada.

Es casi obvia la relación entre ambas aspiraciones. Marx, al estudiar críticamente el sistema (capitalista), pone en cuestión uno de sus atributos fundamentales: la concentración del capital en ciertos espacios sociales (clases y zonas geográficas), la centralidad que emana de la lógica del capital y que se expresa —entre otras formas— en el eurocentrismo colonizador de derecha. Ese eurocentrismo colonizador, como se ha señalado, no era otra cosa que la justificación ideológica de una centralidad exigida por la lógica del capital. El eurocentrismo emancipador era la única opción de enfrentamiento a aquel mientras las posibilidades de contravenir esa lógica se centraban también en Europa.

Pero en la medida que Marx piensa un futuro pos-capitalista, necesariamente lo piensa también pos-centrado y pos-centrista. Esto es consustancial a su lógica de pensamiento. A diferencia del eurocentrismo colonizador, de derecha, capitalista, ese que a fuerza ha de pecar de unilateralidad, de discriminación, y que necesita conceptos de superioridad humana (como el de raza) que avalen la esclavitud, la servidumbre, la explotación de unos seres humanos por otros, a diferencia de ello, los fines prácticos que perseguía Marx exigían convicciones y presupuestos teóricos radicalmente inversos. Marx necesitaba una concepción que reconociera en el fondo la igualdad plena de los seres humanos, sin distinción alguna, el derecho a la universalidad de todos. Solo así podía luchar consecuentemente por una sociedad sin clases, sin estados-nación, en verdad descentrada.

Ahora bien, a pesar del propósito último de una sociedad sin clases, Marx no dejaba de reconocer que, antes y para lograrla, ciertas clases y ciertos espacios sociales —los más interesados en el cambio y con mejores condiciones para lograrlo— debían encabezar y centrar esas luchas. El líder revolucionario del proletariado enfrentó realísimamente el sueño romántico y utópico de una sociedad sin clases resultado de la buena voluntad espontánea y simultánea de todos los humanos. Por eso no pensó como posible el paso directo del capitalismo al comunismo, sino a través de una revolución y un período de tránsito, donde se producía un cambio de la centralidad de clases para, desde ahí, promover la desaparición misma de las clases.²⁴

Más allá de lo inadecuado que hoy pueden parecer ciertos conceptos

marxianos como el de *dictadura del proletariado*,²⁵ lo cierto es que su idea sobre la necesidad de un período de tránsito con un cambio de la centralidad de clases no dejó de ser una verdad histórica (reiteradamente probada en la praxis), una verdad concreta que, como juicio histórico y concreto, necesita hoy evolucionar y concretarse a las nuevas condiciones, sin renunciar a la verdad metodológica que le acompaña y que sigue siendo imprescindible. Para arribar a la realidad histórica descentrada que el propio Marx —junto a los teóricos de la TCD— hoy buscaría (sin un Yo-Centro y sin un Otro-Periferia), es necesario, antes, invertir la relación Yo-Otro, es necesaria una nueva centralidad histórica, transitoria, ubicada en lo que hasta ahora ha sido el Otro.

En su momento Marx no podía ver con claridad la necesidad de un desplazamiento de la centralidad potencial de las alternativas al capitalismo fuera del viejo continente. Europa seguiría siendo centro de los principales acontecimientos globales y de las más importantes rebeliones anticapitalistas hasta bien avanzado el siglo xx. No podía esperarse una plena superación teórica del eurocentrismo, en una concepción general sobre el destino pos-capitalista de la humanidad, mientras no se dieran las condiciones sociales para el desplazamiento práctico de la centralidad histórica de las alternativas revolucionarias al sistema-mundo capitalista hacia otras zonas del planeta.

Ello no estaba en el orden del día durante la vida de Marx. La periferia no

se encontraba todavía históricamente preparada para asumir el protagonismo y la centralidad de la lucha contra el capitalismo mismo. Pero la situación ha cambiado mucho de entonces acá. Marx fue siempre muy sensible teóricamente a los cambios sociales prácticos. Las frustraciones de las revoluciones europeas, a las que ya Marx asistió en vida, hicieron cambiar su pensamiento. Hacia el final de su vida admitía ya lo que en su juventud o al inicio de su etapa madura no hacía. Cuánto no hubiera continuado cambiando con posterioridad a su muerte, de haber asistido a los muchos cambios acaecidos desde finales del siglo xix hasta la actualidad. Hoy seguro nos estaría hablando no solo —y tal vez no tanto— de la misión histórica del *proletariado*, sino también —y sobre todo— de la misión histórica del *Sur*.²⁶

Esto es Marx traído a la periferia del siglo xxi a través del tamiz de la *creación heroica*. Ese Marx, que nos incita a reconocer la necesidad de una etapa transicional con una centralidad alternativa que busque su autoeliminación como centro —de conjunto con la eliminación de todo centro—, es el mismo que nos muestra que una narrativa consecuentemente pos-centrista solo sería posible desde un discurso simultáneamente pos-capitalista. De ese Marx necesita mucho la actual TCD, entre otras cosas, para promover una genuina superación del eurocentrismo, superación que sería mucho más viable si, en lugar de negar a Marx, se buscara su adecuación histórica. □

Notas

1 El presente texto es parte de otro mayor en preparación, cuyo título tentativo es “Razones y sin-razones de la crítica decolonial a Marx”.

2 Identificamos así a la propuesta teórica que, desde hace unos veinte años y centrada en conceptos como el de colonialidad y decolonialidad, vienen desarrollando Aníbal Quijano, Walter Dignolo, Enrique Dussel, Santiago Castro-Gómez, Fernando Coronil, Edgardo Lander y —ya hoy— mucho otros autores.

3 Es necesario aclarar que, dada la diversidad de posturas existentes al interior de la TCD, no todos los autores asumen de igual manera su relación con Marx, ni hacen las mismas críticas a sus ideas.

4 Para abreviar, adjetivamos como *decolonial* lo referido a la Teoría de la Colonialidad/Decolonialidad.

5 Lander, 2006, p. 216.

6 *Ibidem*, p. 230.

7 Castro Gómez, 2005, p. 19.

8 Wallerstein, 1974-1989.

9 Marx, 1973a, p. 236.

10 Esa asociación (a veces casi identificación) entre el eurocentrismo de Hegel y el de Marx la encontramos, de diversas formas expresadas, en autores tales como Fernando Coronil (Coronil, 1998, p. 135), Santiago Castro-Gómez (Castro-Gómez, 2005, pp. 15-16), Edgardo Lander (Lander, 2006, p. 218), y Walter Dignolo (Dignolo, 2007, p. 17).

11 Marx, 1973c, p. 688.

12 Para Hegel, recordemos, los americanos quedan fuera de la historia y, lejos de tener algún grado de incidencia en lo que Europa es, son ellos mismos un pasivo resultado secundario de la vitalidad europea. “América —escribe— cae fuera del terreno donde, hasta ahora, ha tenido lugar la historia universal. Todo cuanto viene ocurriendo en ella no es más que un eco del Viejo Mundo y la expresión de una vitalidad ajena” (Hegel, 1971, p. 110).

13 Marx, 1973c, pp. 688-689.

14 *Ibidem*, p. 691.

15 Una reflexión más amplia sobre esto puede hallarse en nuestro trabajo “La colonialidad del poder y la lógica del capital” (Fabelo, 2013).

16 Prebisch, 1998.

17 Grüner, 2002, p. 188.

18 Marini, 2015, p. 111.

19 Recordemos que para Marx la revolución proletaria significaría el paso de la prehistoria a la verdadera historia de la humanidad. “Las relaciones burguesas de producción —escribía— son la última forma antagónica del proceso de producción social (...). Con esta formación social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana” (Marx, 1975, p. 11).

20 Sin que este último tema —el colonial— fuera para él necesariamente secundario, ni siquiera en el orden cronológico. Refiriéndose a la situación colonial de Irlanda en relación con Gran Bretaña, le escribía Marx a Engels el 10 de diciembre de 1869: “Durante mucho tiempo creí que sería posible derrocar el régimen irlandés por el ascendente de la clase obrera inglesa. Siempre expresé este punto de vista en el *New York Tribune*. Pero un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera inglesa nunca hará nada mientras no se libre de Irlanda. La palanca debe aplicarse en Irlanda. Por eso la cuestión irlandesa es tan importante para el movimiento social en general” (Marx y Engels, 1988, pp. 309-310).

21 La famosa frase de Mariátegui estaba referida al socialismo, más que al marxismo, pero igualmente le era aplicable a su noción de la teoría de Marx. Escribía el Amauta: “no queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano” (Mariátegui, 1928, pp. 2-3).

22 Más al respecto puede encontrarse en nuestro trabajo “Marxismo latinoamericano: ¿calco y copia o creación heroica?” (Fabelo, 2011).

23 Al respecto, escribimos en otro trabajo: “Conocida es la subvaloración que hace Marx de Simón Bolívar en el artículo ‘Bolívar y Ponte’ de 1858, así como en la correspondencia que intercambia con Engels por aquella fecha, en la que llega a comparar al Libertador con el *Napoleón de las retiradas*. De igual forma, ambos muestran en diferentes momentos (comenzando por un artículo periodístico de Engels publicado en enero de 1848) su complacencia con lo que llamaron la conquista de México por Estados Unidos, viendo en sentido positivo, a la luz de la futura revolución proletaria, la expansión hacia el Pacífico a través

de California de la emergente potencia yanqui. (...) Además de los errores interpretativos relacionados con procesos históricos latinoamericanos, Marx y Engels también emitieron desacertados juicios sobre la India, China, Rusia, Argelia y otros contextos fuera de Europa occidental. Cierta dosis de universalismo abstracto eurocéntrico (del que no estuvieron del todo exentos Marx y Engels) acompañaron esos juicios. Sin embargo, no es menos cierto que sus ideas evolucionaron (...)” (Fabelo, 2011, p. 70) y que, en sus años de madurez, Marx revaloró muchas de sus nociones sobre el mundo colonial extra-europeo.

24 “Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista —escribía Marx en su célebre *Crítica*

al Programa de Gotha— media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*” (Marx, 1973b, p. 23).

25 Sobre todo, en un contexto como el latinoamericano, con tantas experiencias dictatoriales de derecha.

26 Entendido el *Sur* al modo en que lo hace Boaventura de Sousa Santos: “El Sur —escribe— es (...) metáfora del sufrimiento humano sistemáticamente causado por el colonialismo y el capitalismo. Es un Sur que también existe en el Norte global geográfico.” (Santos, 2009, p. 12).

Bibliografía

- CASTRO-GÓMEZ, SANTIAGO: *La poscolonialidad explicada a los niños*, Popayán-Colombia, Editorial Universidad del Cauca-Instituto Pensar, Universidad Javeriana, 2005.
- CORONIL, FERNANDO: “Más allá del occidentalismo. Hacia categorías geohistóricas no-imperialistas”, en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (coord.): *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1998, pp. 121-146.
- DUSSEL, ENRIQUE: “Europa, modernidad y eurocentrismo”, en Edgardo Lander (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, 2000, pp. 41-56.
- FABELO CORZO, JOSÉ RAMÓN: “Marxismo latinoamericano: ¿calco y copia o creación heroica?”, en *Docencia*, Revista de Educación y Cultura, no. 35, Lima, 2011, pp. 65-70.
- _____: “La colonialidad del poder y la lógica del capital”, en *Perspectiva*, Año 14, no. 16, Universidad Antonio Guillermo Urrelo, Cajamarca, Perú, 2013, pp. 91-98.
- GRÜNER, EDUARDO: *El fin de las pequeñas historias*, Paidós, Buenos Aires, 2002.
- HEGEL, JORGE GUILLERMO FEDERICO: *Lecturas de filosofía de la historia*, 1971.
- LANDER, EDGARDO: “Marxismo, eurocentrismo y colonialismo”, en Atilio A. Boron, Javier Amadeo y Sabrina González (coords.): *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, CLACSO, Buenos Aires, 2006, pp. 209-243.
- MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS: “Aniversario y balance”, en *Amauta*, no. 17, Lima, 1928.
- MARINI, RUY MAURO: *América Latina, dependencia y globalización / Ruy Mauro Marini*, antología y presentación, Carlos Eduardo Martins, México, Siglo XXI Editores, CLACSO, Buenos Aires, 2015.

- MARX, CARLOS: "La guerra civil en Francia", en Carlos Marx y Federico Engels: *Obras escogidas* en tres tomos, t. II, Editorial Progreso, Moscú, 1973a, pp. 188-259.
- _____: "Crítica al Programa de Gotha", en Carlos Marx y Federico Engels: ed. cit., 1973b, pp. 5-27.
- _____: *El capital*, Editorial de Ciencias Sociales, t. I, La Habana, 1973c.
- _____: *Contribución a la crítica de la economía política*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- MARX, CARLOS Y FEDERICO ENGELS (1988): *Correspondencia*, Editora Política, La Habana.
- MIGNOLO, WALTER: *La idea de América Latina*, Gedisa, Barcelona, 2007.
- PRESBICH, RAÚL: "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas", en *50 años de pensamiento en la CEPAL*, Fondo de Cultura Económica (FCE), Santiago de Chile, 1998.
- QUIJANO, ANÍBAL: "Colonialidad del poder, globalización y democracia", en <http://www.rojasdatabank.info/pfpc/quijan02.pdf> (último acceso: 22 de febrero de 2000).
- SANTOS, BOAVENTURA DE SOUSA: *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*, Siglo XXI-CLACSO, México, 2009.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL: *The Modern World-System*, 3 vols., Academic Press Inc., Nueva York, 1974-1989.